



ISLAS, 47(146):174-176; octubre-diciembre, 2005

Juan Ramón  
González Naranjo

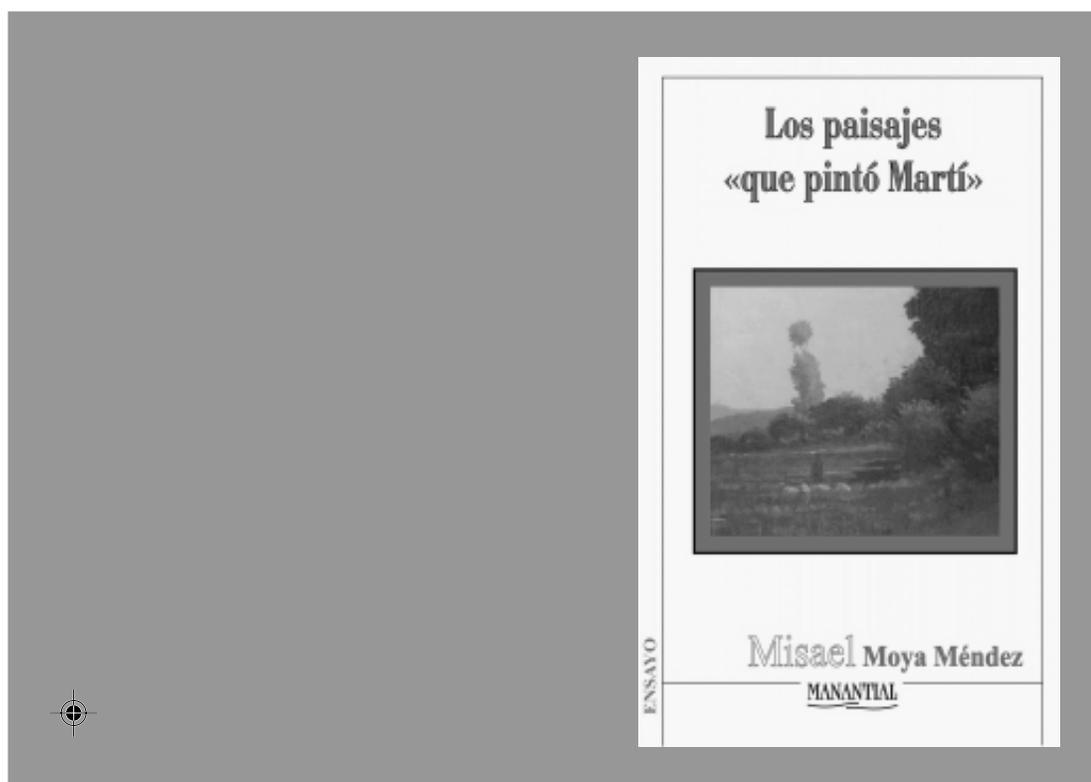
*Martí, el pintor:  
la pesquisa de un libro  
reciente*

Ante el libro que lleva por título *Los paisajes «que pintó Martí»*, del investigador Misael Moya Méndez, el lector no avisado se enfrentará a incógnitas que sólo la lectura total del mismo permitirá descifrar. ¿Martí como intérprete literario – vale decir, crítico – de obras artísticas, fundamentalmente pictóricas y, más aún, del género paisajístico? ¿Martí como «pintor», mediante la palabra, de los múltiples escenarios visitados durante su ajetreada existencia? No así, exactamente, aunque tales registros ideotemáticos de su obra no dejan de estar aquí representados.

El autor indaga, justamente, en torno a una faceta curiosa, casi inadvertida, de la biografía martiana: la del posible pintor que en algún momento de su vida pudo ser Martí. Para ello debió enfrentarse a una difícil *perspectiva*: las fuentes, escasas; las afirmaciones, contradictorias; las fechas y escenarios, dispersos y distantes en tiempo y espacio; las pruebas, es decir, la posible o posibles «obras» artísticas, no autenticadas o perdidas. Desalentadora o estimulante, en fin, la posibilidad de encarar el reto que tantas incógnitas planteaba y ante las cuales existían, al parecer, solo dos posturas posibles: esquivar totalmente la indagación o asumirla con amor martiano e inflexible rigor de investigador científico.

Poniendo en evidencia la posibilidad de nuevos asedios a la vida y obra martianas, Misael Moya indagó en fuentes perdidas u olvidadas, desbrozó hasta donde fue posible las confusiones provocadas por el desdibujo de la historia, «viajó», literariamente, por tierras de España y América, y «dialogó» con personalidades

[174]



de ayer y de hoy para reconstruir o «pintar» al hipotético pintor oculto en José Martí.

Antepuso el autor de este libro una premisa primera y fundamental: la de Martí como artista total, asumiendo que Arte es creación suprema del espíritu selecto, y Martí fue el autor de una obra que rebasa el marco limitado de la creación artística al asumir ingentes tareas en las que se fundieron, cual una sola, la obra y la vida misma. Esta aseveración, aunque no nueva, es, para nosotros, el nervio central de la propuesta del ensayista, y para ello arma la estructura conceptual de su obra acudiendo a una cita martiana que deviene «arte poética» del Apóstol y, también, premisa ética: «Yo amo tenazmente el arte [...] He penetrado los misterios del color, he sorprendido en la obra del mármol los secretos del cincel; una obra bella es para mí una hermana, un golpe de color, para mí revelación clarísima de los pensamientos e ideas que agitaban el alma del pintor».

[175]





Partiendo de un profundo estudio de la obra martiana, Moya Méndez define y enumera criterios, conocimientos y categorías estéticas que hicieron de Martí el mayor crítico de arte de su tiempo y su idioma, fácilmente equiparable a los más granados intelectuales europeos de la época.

Sugestivo resulta el rastreo de cómo se fue formando la vocación y el ejercicio del crítico artístico, menor en extensión, pero no menos penetrante que los del crítico literario.

Mas, lleguemos a la valoración de lo que constituye el centro del ensayo del joven autor, lo que pudiéramos llamar «los enigmas de un paisaje... o dos». Se indaga sobre la certeza o la duda en torno a los «cuadritos» (el diminutivo carece de intención peyorativa) que Martí pudo haber ejecutado con propia mano. Aplica, a nuestro entender, un agudo procedimiento pericial que, siguiendo los patrones de la «novela-enigma», llamaríamos «deductivo», y nos hace recordar gratamente, aunque aquellos fueran otros fines, los empeños de Cintio Vitier que cristalizaron en su obra *Rescate de Zenea*.

¿Logró el investigador proyectar «la demasiada luz», como diría Eliseo Diego, sobre el misterio del Martí pintor? Honesto como crítico, al final de su indagación plantea: «Conclusiones forzadas y especulaciones atrevidas, a modo de ineludibles interrogantes, se imponen tras nuestras pesquisas y reflexiones [...]» Y así quedan, libres y elocuentes, los misterios diversos que aún esperan por la respuesta definitiva.

Aclaremos, con necesaria rapidez, que no fracasa Moya Méndez en su empeño: si Martí no fue el pintor de estos cuadros, ello no resta mérito al mayor artista que nuestra cultura atesora; si por acaso los ejecutó, la sencillez del *oficio* queda disculpada ante la grandeza de quien tanto arte diverso hizo en tan corto y agitado tiempo de vida. Las disyuntivas posibles enriquecen tanto la figura del maestro como los cercos inagotables.

Como nota final es justo puntualizar que este libro continúa y complementa una entrega anterior de su autor: *José Martí: para que la mano pinte bien* (1996). El tiempo transcurrido ha obrado para beneficio, permitiéndole al joven investigador que su mano «pinte bien» a José Martí, en una suma de esbozos, bocetos y cuadros definitivos que le permitirán entregarnos, en el futuro, un estudio martiano mayor, gozoso de plenitudes

[176]